

LA MISERICORDIA DE DIOS

Mensaje de monseñor Marcelo Raúl Martorell, obispo de Puerto Iguazú para el cuarto domingo de Cuaresma (18 de marzo de 2007)

*"Si el afligido invoca al Señor, él lo escucha
y lo salva de sus angustias" (Ps 34,7)*

La proximidad de la Pascua nos hace volver la mirada, en medio de la cuaresma, al tema de la misericordia del Señor. La Pascua está rubricada por la reconciliación del hombre con Dios y nos hace mirar a Dios con un corazón lleno de deseos de reconciliación.

La primera lectura nos presenta al Pueblo Elegido que después de peregrinar durante cuarenta años por el desierto, una peregrinación llena de caídas, llega finalmente a la Tierra Prometida y celebra jubiloso su primera Pascua, Dios ha perdonado sus infidelidades, le da a Israel una patria en la que podrá levantarle un Templo.

La segunda lectura nos dice ...pero lo antiguo ha pasado y lo nuevo ha comenzado (2 Cor 5,17) y nos presenta una gran novedad: Cristo ha sido inmolado para reconciliar a los hombres con Dios, Cristo es la novedad y la nueva Pascua, es la alianza nueva y la alianza de la gran reconciliación del hombre con Dios; es el gran gesto de la misericordia de Dios con el hombre.

Ésta es la gran novedad de los tiempos modernos, ya no es la sangre del cordero que se ofrece y que salva a los hombres, ni el rito de la circuncisión o la ofrenda de los frutos de la tierra los que le hacen agradables a Dios, es el mismo Dios que se compromete en la salvación de la humanidad dando a su Hijo Unigénito: "Que Dios mismo estaba en su Hijo Cristo reconciliando al mundo consigo, sin pedirle cuenta de sus pecados" (ib.19). Sólo el amor de Dios podía tomar esta iniciativa, sólo su amor podía inspirarla, solo su misericordia podía realizarla. La humanidad se verá libre de sus culpas que caen sobre los hombros del que no tenía pecado y al que Dios hizo expiar nuestros pecados para que nosotros unidos a él recibamos la salvación de Dios. Así la cuaresma nos invita a mirar la misericordia de Dios revelada en el misterio pascual, por el que el hombre se hace en Cristo una criatura nueva.

De dos parábolas se sirve Jesús para hacernos comprender la misericordia de Dios. El Pastor que deja el rebaño para ir en búsqueda de la oveja perdida "y una vez hallada la pone sobre sus hombros" (Lc 15,5) es la oveja perdida, el pecador, que se ha alejado del rebaño y que el amor de Dios en Jesucristo la busca y la lleva consigo. Todo pecador es buscado por Cristo para ponerlo sobre sus hombros y llevarlo a una vida mejor, a la vida de la gracia y del amor junto al rebaño creyente.

El otro ejemplo es el del hijo pródigo que ha abandonado la casa del padre y malgastado su herencia, el que tocado por la gracia vuelve a la casa del Padre, y el Padre en toda su expresión de amor sale a su encuentro y hace para él una fiesta. Dios es el Padre que espera sin cansancio a los hijos que le han abandonado, y les toca con su gracia, y les incita de que vuelvan permitiendo que les hiera el aguijón

del desengaño y de los remordimientos y cuando les ve venir corre a su encuentro permitiendo que se haga más rápida la reconciliación y ofrecerles el beso del perdón. En la parábola quienes han permanecido junto al Padre son incapaces de comprender esta actitud de amor del Padre.

Todos nosotros pecadores estamos tocados por la gracia para volvernos a Dios Padre que nos espera con el beso del perdón en su misericordia, todos estamos llamados a volver a Dios y la cuaresma se hace un camino maravilloso en la aventura de la conversión. La gracia de Dios está tocándonos constantemente la interioridad de nuestro corazón para que cambien nuestras costumbres y nuestros gestos y actos humanos se hagan conversión. Sepamos que la misericordia de Dios es infinita y que su amor nos está esperando, su Hijo hecho Pascua nos está esperando, para hacernos gustar del amor del Padre, ese amor que hace que el que ha caído se levante y el que está en medio del camino se ponga a caminar con la esperanza de una vida nueva en el amor. La Iglesia nos invita en este domingo a gustar de esa inmensa misericordia de Dios Padre, a no quedarnos ni caídos ni en medio del camino. Pone en nuestro corazón la necesidad de reconciliarnos con Él, de convertirnos cada vez más al amor de Dios y de los hermanos. Toca con su gracia la dureza de nuestro corazón llamándonos a una aventura nueva, la aventura de la conversión y del gusto por la misericordia de Dios.

Que la Virgen María Madre de la misericordia viviente nos aliente y nos allane el camino de conversión hacia la misericordia de Dios Padre en Jesucristo.

Mons. Marcelo Raúl Martorell, obispo Puerto Iguazú